

Los Buguis

J.J. Maldonado

Libros del Amanecer

© Todos los derechos reservados, 2021

Adelanto: NUNCA TE OLVIDES DE MORDER



NUNCA TE OLVIDES DE MORDER

I

Dejé de ser un niño cuando tenía nueve años. Supongo que fue después de ver a dos hombres arrastrando el cadáver de un perro por las losetas de una vieja casona de Chosica. No lo sé. Simplemente pasé de ser un niño un poco travieso e inhibido, a ser un maldito hijo de puta que empezó a sembrar el pánico por todas partes junto a sus perros de pelea.

II

Sí. Fue por los años noventa, lo recuerdo muy bien. Habíamos formado una pandilla que nunca dejó de ser el simple embrión de una verdadera banda delictiva. Admirábamos a los matones de Refugio, una pandilla peligrosa e importante de Ñaña, y por eso, en su honor, creamos el grupo más pintoresco e insolente del barrio: Los Buguis.

Recuerdo el día que empezamos a buscarnos un alias para pasar desapercibidos frente a nuestras madres. Solo éramos cinco:

—Yo seré El Ñato —dijo Elías.

—Y yo, Tato —exclamó Sam.

—Creo que me pondré Sueño —opinó Miguel. Le iba de maravilla ese alias por sus ojos achinados.

—Yo me pondré El Loco —dijo Jon.

—Yo seré Halcón —dije.

Todos me miraron como si fuera un retrasado mental.

—¿Halcón? —preguntó Sam burlonamente.

—Sí.

—No seas bestia —dijo Sam—. Ese no es un alias.

—No sé qué otra cosa ponerme.

—¿Qué te parece si te pones Tatán?

—¿Tatán?

—Sí. Es un alias de puta madre —dijo Elías.

—Está bien. Seré Tatán.

Desde entonces fui Tatán para todo el mundo. Es un hecho. En la infancia, los amigos siempre suelen llamarse por apodos. ¿Quieres saber si alguna vez tuviste verdaderos amigos? Pues bien, solo intenta recordar tu apodo. Si no puedes recordarlo, hazte ver. Hay que dejar en claro que un apodo es algo distinto a un alias. Mi apodo era Manteca. Mi alias, Tatán. Igual pasaba con todos mis amigos.

Lo que hicimos aquel día fue buscar un alias. Pensábamos salir a grafitear paredes en la madrugada y no podíamos exponer nuestros apodos tan fácilmente. Todo el barrio se hubiera dado cuenta de quienes habían manchado las fachadas de sus casas y la habríamos jodido. No queríamos terminar limpiando lo que horas antes nos había costado dibujar. Hubiera sido una huevada.

III

Pero también había otros chicos. Eran tipos más grandes y duros que nosotros. Se hacían llamar Los Emes. Los Emes eran drogadictos antes que pandilleros. No les interesaba grafitear paredes, andar en pandilla, tener banderas o cuidar el barrio. Ellos solo querían fumar hierba y vestir como rockeros. Iban y venían como jodidas estrellas de rock. Nosotros les decíamos «Los rokers». A ellos parecía gustarle ese apodo. Siempre estaban fumando e intercambiando diferentes tipos de navajas. Todos habían pisado el calabozo más de una vez. Algunos habían estado metidos en problemas de alto vuelo. No sabían pelear, pero eran grandes traicioneros. Al menor descuido, te cocían por la espalda. También les gustaba andar en mototaxi. Iban a toda carrera por el barrio escuchando puro rock and roll. Si a nosotros nos representaba los puños, a ellos les representaba el pelo. Lo tenían largo y sedoso. Y muy limpio también. Era su orgullo. Deberían tener entre diecinueve y veinte años. Era demasiada ventaja para ellos. El más grande de nosotros (Elías) no pasaba de los quince. Por eso, casi siempre, debíamos soportar sus abusos. Nos golpeaban y robaban. Pero eso sí, nunca lo hacían solos. Siempre venían entre dos o tres. Sabían que si lo intentaban de manera individual, nuestra pandilla podría acabarlos. Lo bueno era que no había bronca con Los Emes. Éramos del mismo barrio y nos conocíamos desde hace mucho tiempo. Todo estaba terriblemente bien con ellos. Solo era el típico abuso amigable del cachorro más fuerte contra el cachorro más frágil. Nada del otro mundo.

IV

Por entonces todavía jugábamos al box dentro del viejo corralón de Elías. Nos trenzábamos en luchas de treinta minutos, sin descanso. A veces, también jugábamos a la guerra o a la «cocinita» con los trompos de huarango. Otras veces, íbamos al Puquio a nadar desnudos y a fumar nuestros primeros cigarrillos. Nos divertíamos juntos y estábamos ansiosos por crecer. Crecer no tanto por el hecho de madurar o de ver las cosas desde la otra esquina, sino más bien por ser más altos y más fuertes para no dejarnos maltratar por los adultos. Pero igual estábamos satisfechos de vivir dentro de Ñaña. Nos gustaba. Era un lugar decadente y estrecho como nuestro corazón. Había mucha tierra y cerros pelados cercando los contornos. Uno se podía encontrar con lagartijas o alacranes al levantar cualquier piedra del camino. Su cielo estaba cubierto de cables y focos malogrados. Las escaleritas de metal hervían de óxido y verdín, y los maceteros siempre terminaban totalmente desolados. De poste a poste colgaban nuestras viejas zapatillas como mantras del infierno. Era la señal de un territorio, de una línea fronteriza. Pero a Los Emes esto no les importaba. Ellos iban y venían por todos lados. Igual, siempre podían molernos a patadas. Además, como no eran pandilleros, tenían libertad de andar a sus anchas por el vecindario. Podías encontrar a un eme dentro de billares o de esquinas transitadas. Siempre con cigarrillos colgando de sus bocas y con el pelo brillante y sedoso como El Chico de la Moto. Todos tenían tatuajes de tigres o leones gruñendo. Eran musculosos. Le gustaba exhibir sus

brazos y por lo general cortaban las mangas de sus polos. También criaban perros con pinta de asesinos. Bestias de setenta kilos capaces de tragarse un caballo entero y que, sin embargo, guardaban en el fondo algo de inocencia y mansedumbre. Pequeños disparos de dulzura y sumisión. Pero eso sí, no hubieran dudado en destrozarte si le dabas la más mínima ocasión o si te pasabas de la raya con ellos.

V

Un día me interceptaron cuando iba caminando con dirección al colegio. Venían en una mototaxi haciendo bulla por la lengua caliente de la carretera. Al reconocerme, se bajaron de la moto y me cargaron en sus brazos como si fuera un simple yerbajo. Mis clases empezaban a la una de la tarde. Estudiaba en un colegio estatal y debía caminar por lo menos dos kilómetros para llegar a él. No era un problema para mí, me gustaba andar y ver los grafitis que habíamos dejado en las paredes. Algunas veces grafiteaba otra marca o simplemente ponía el nombre de Los Buguis.

Tras zarandearme por un rato, uno de Los Emes, Yayo, me dijo:

—Oye, enano. ¿Te gustaría ver una pelea de box?

—No puedo —le contesté—. Tengo clases.

—¡Qué asco la nueva juventud! —exclamó Pachón—.

Yo siempre me escapé del cole a tu edad.

—Es que estoy sin plata —agregué tratando de barajar mi antigua respuesta—. No tengo ni el pasaje.

—¡Qué chucha! —gritó el eme—. Nosotros la ponemos.

—No sé...

—¿Quieres o no quieres? —preguntó Matute, tirándome un cocacho y abriendo sus brazos en forma de una cruz. Era el muchacho más fuerte y respetado de Los Emes. El más bravo también. Había estado en el reformatorio por una pelea de cuchillos y luego, al salir, se volvió uno de los camellos más escurridizos de Ñaña. Como yo no quería quedar en ridículo ante los ojos de Matute, mi respuesta fue más impulso que deseo.

—Sí —dije—, vamos.

—Ese es mi brodercito —exclamó Yayo, apretándome del cuello. Luego, me soltó y se trepó a la moto. Sus dos amigos subieron a la parte trasera y yo me quedé en mi sitio, esperando un milagro.

—¿Dónde me pongo? —pregunté al cabo de un segundo.

—Acá —respondió Yayo, señalando un asiento para un posible copiloto. Me puse la mochila contra el pecho y trepé a su lado. No me parecía peligroso. Ya lo había hecho varias veces y para mí era la mejor forma de viajar en moto. Me gustaba ver cómo la carretera se iba abriendo ante nosotros y cómo esquivábamos carros y transeúntes que interrumpían el camino. También me gustaba sentir las cachetadas de aire que caían en mi rostro y ver la locura apresada en los ojos de aquel piloto narcotizado.

—¿Dónde es la pelea? —grité con fuerza para dejarme escuchar. El aire y la música y el ruido del motor se tragaban mis palabras.

—¿Qué? —gritó Yayo acercando su oreja.

—¿Adónde vamos?

—¡A Chosica! —dijo.

De pronto, desde el interior de la moto, empezó a salir humo. Luego, escuchamos unas risas y alguien comenzó a toser.

—¡Hey! —gritó Yayo soltando violentos golpes contra la mica de la moto—. No se la terminen.

Se estaban sazonando de lo lindo. Yayo metió más velocidad a su chatarra y cruzó la pista con dirección a Chaclacayo. Al rato volvió a gritar una vez más:

—No sean cagones.

Luego, mirándome, dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve —contesté.

—¡Puta madre!

Al rato, llegamos a la casa de un amigo de Los Emes y dejamos la moto en su garaje.

—¿Van a los perros? —preguntó.

—Sí —dijo Matute mientras encendía un cigarrillo.

—Hay buenas peleas. Creo que hoy llevan al Mota...

¿Ustedes cuándo meterán a sus cachorros?

—Eso no te importa.

—Ya. ¿Y ese enano de dónde salió?

—No soy un enano —contesté.

—Es un amigo —dijo Pachón metiéndome un puntazo en el culo.

—¿Lo van a llevar?

—Sí, ¿por qué no?

—Tal vez no lo dejen entrar... No es buena idea ir con chibolos.

—Tengo algunos privilegios —afirmó Matute—. Ade

más, es como mi hermanito. Quiero enseñarle algunas cosas de la vida.

Esto lo dijo guiñándome un ojo. Luego, salimos de la casa y tomamos un bus con dirección al «campeonato de boxeo».

VI

La primera cosa que vi al entrar a la casona fue la imagen más horrible que un niño puede presenciar. Recuerdo haberme quedado hecho un pedazo de hielo y de haber manchado mi calzoncillo con restos de orina. No podía creer lo que veía. Ese cuadro de dos hombres gigantes e inundados de tatuajes, jalando con cadenas el cadáver de un perro destrozado como si se tratara de un simple saco de basura, me dejó perplejo. El perro tenía el pecho destrozado y parte del hocico hecho pedazos. Mientras lo arrastraban, los sujetos iban fumando como si todo eso fuera lo más natural del mundo. Aquel trozo de carne que horas antes hubiera movido la cola, ahora era remolcado por dos hijos de puta que ni siquiera se inmutaban por la estela de sangre que se iba abriendo a sus espaldas. Cuando pasaron por mi lado, yo no estaba ni vivo ni muerto. Estaba en un plano intermedio, como un zombi que abre los ojos por primera vez. Me ondulaba suavemente hacia delante y hacia atrás, como la mierda que flota en un estanque. Mis compañeros, por otra parte, no parecían alterados. Reían y hablaban entre sí. Pachón llegó a saludar a uno de los hombres que jalaban al perro.

—Ya sabía que no iba a resistir —dijo Matute acariciándose el cabello—. No era puro...

—¿Con cuál habrá peleado? —preguntó Pachón.

—Con la Petra —respondió Matute.

—Con razón.

Los dos hombres llegaron hasta un poste donde había un enorme vertedero. Tras balancear el cadáver del perro, lo arrojaron sobre un montón de mierda para el festín de los insectos. Yo seguía impactado y no me di cuenta del coro de ladridos que salía del interior de la casona. Aún imaginaba que iba a ver una pelea de box junto a tres emes que me habían arrancado de la puerta del colegio. Sin embargo, algo en mí gritaba que saliera corriendo de ese lugar, pues mi inexperta suspicacia se había puesto a trabajar y fue tejiendo, poco a poco, posibles conclusiones oscuras y terribles.

—Tatán —gritó Yayo sonriendo—. ¿Qué fue? Vamos adentro.

Seguí plantado e inconsciente como una piedra.

—¿Vas a entrar o no? —preguntó Matute.

—Sí —contesté.

Entré tratando de no pisar la sangre que había dejado el cuerpo del perro. Había ladridos por todas partes, ecos que se tragaban las voces. Habrán traído a sus mascotas, pensé estúpidamente. Luego, tras andar unos cuantos metros, pasamos por un laberinto oscuro y húmedo hasta llegar a un portón alumbrado por una débil luz. Matute dio tres golpes y un tipo con rostro de asesino salió a recibirnos. En aquel momento juro que extrañé estar en el colegio.

—Hola, Chayo —saludó Matute. El tal Chayo parecía

a punto de sacar un arma y disparar a quemarropa. Nunca había visto un rostro tan torvo y criminal. No contestó al saludo de Matute y solo se limitó a echarnos un vistazo. Al advertir mi presencia, frunció el ceño y dijo:

—¿Quién mierda es el enano?

—Es mi hermano —contestó Matute.

—¿Por qué no le dijiste nada al Trucha?

—No importa. Lo importante es que tengo su encargo —dijo Matute sacando un paquetito y entregándolo al tipo de la puerta—. Este polvo es una bomba.

Chayo revisó la merca y tras convencerse de lo pura que estaba, nos hizo pasar.

—Más vale que se porte bien —dijo señalándome.

Había mucho movimiento en el interior de la casona. También ladridos por todas partes. Lo primero que hice fue buscar el ring de box. Sin embargo, nunca lo encontré. Al fondo, un grupo de personas, en su mayoría jovencitos con facha de sicarios, gritaba como si estuvieran dentro de una cancha de fulbito. Los Emes fueron corriendo hasta aquel punto y se perdieron entre el tumulto. Yo aún seguía atrofiado por la visión de hace un rato y mi cabeza no estaba en todos sus cabales. No entendía qué mierda hacía allí. Tampoco me daba cuenta de lo que en realidad pasaba a mi alrededor. Sabía que había una pelea, una lucha donde valían los dientes y las garras, pero mi estado anquilosado lo nublaba todo. En aquel instante, un aullido paralizó todo el ambiente. Traté de acercarme, con nauseas, para ver qué diablos sucedía. Entonces descubrí a dos perros trenzados, uno encima del otro, luchando por su vida. Un enorme mastín cogía del cuello a un rottweiler que temblaba tras

haber recibido el zarpazo de la muerte. Los dueños de los perros trataban de separar a las bestias mientras el árbitro metía entre los dientes del mastín una especie de pica para obligarlo a soltar su presa. Al punto, se escucharon los gritos y las pullas de la gente. Algunos insultaron al rottweiler. Otros, alabaron la fiereza del mastín, el cual, aún con el ojo destrozado, había seguido atacando hasta matar. Yo veía todo como a través del agua. Como un pez. Vi cómo los mismos tipos que sacaron arrastrando al perro blanco, cogían al rottweiler y lo ultimaban con la pica. Mientras tanto, en la otra esquina, los dueños del perro ganador intentaban curar la hemorragia de su can con vendas y esparadrapo. Yo seguía allí, presa de la más horrible realidad, cuando Pachón me jaló de la camisa y me llevó hasta un murito donde los otros emes se estaban prendiendo con la marihuana. Te vas a perder el show, dijo señalando el campo de batalla. Sí, agregó Matute, no seas huevón. La caja, que era una suerte de ring de unos veinte metros cuadrados, delimitado por paredes de madera, estaba siendo limpiada por un viejo con pinta de tuberculoso.

—Esto no es box —dije.

—Claro que no —exclamó Matute—. Esto es arte.

—Ahorita empieza la otra pelea —comentó Yayo frotándose las manos—. Le he puesto un montón al Negro Matapacos. Ese perro es una bomba...

Había tantos adolescentes chapoteando en aquel antro, que si la policía hubiera caído en ese instante, todos habrían salido libres de cargo por ser menores de edad. Aunque pensándolo detenidamente, estos chicos estaban tan bien organizados que hasta tenían zonas de escape ante

una posible emboscada policial. Hubiera sido muy jodido dar con ellos y cogerlos con las manos en la masa. Además, no le tenían miedo a nada. En eso se parecían demasiado a Los Buguis o a los perros.

—Bueno, ya empezó esta mierda —dijo Pachón. Efectivamente, había comenzado. Los dueños de los perros ya estaban en la caja. Los animales, un pitbull negro y un mastín color café, se medían desde sus esquinas botando espuma por la boca.

—¿A quién le vas, Tatán? —me preguntó Matute.

—Al marrón —dije sin pensarlo. Lo veía más grande y más fuerte y más hijo de puta.

A la voz del juez, un puerco con el rostro tragado por los granos, los perros fueron sueltos y se lanzaron uno contra otro como dos locomotoras. El impacto fue brutal. Los dejaron destrozarse por unos quince minutos y, luego, el árbitro los separó para soltarlos nuevamente. La pelea duró cerca de una hora, tiempo suficiente para que el mastín hiciera papilla parte del hocico del otro animal. Sin embargo, el pitbull le trituró las entrañas, huesos, vasos, tendones, nervios, con febril y metódica paciencia criminal.

—Tatán —dijo Matute al ver mi rostro descompuesto—. Recuerda esto siempre: algunos perros muerden con la boca; otros, con los huevos.

VII

Con el tiempo, las peleas de perros empezaron a gustarme. Dos veces por semana iba con Los Emes a ver aquellas

broncas en la casona de Chosica. Ya me había acostumbrado a faltar al colegio y a fumar mis primeras pajas de marihuana. A Los Buguis no les pareció buena idea que yo me juntara con Los Emes y me lo dijeron. Yo los mandé a volar a todos, pues la verdad me sentía más duro y mejor protegido con los tipos grandes que con las mierditas de mi barrio. De esa forma, comencé a imitar a Los Emes. Como no podía tener el pelo largo, copié sus modos de andar, de hablar, de moverse por la vida. Vagaba en mototaxi junto a ellos y robaba dinero de las tiendas o de puestos de periódico para hacer apuestas durante las peleas.

Con Los Buguis rompé, definitivamente, después de tener un altercado con uno de sus integrantes. Estábamos jugando trompo frente a la losa deportiva del barrio, cuando Verita, un chico dos años mayor que yo, empezó a joder con el tema de Los Emes. Te volverás fumón, me dijo, te volverás un puto drogadicto. Eso fue suficiente para que yo cogiera mi trompo y le clavara su punta en el hombro. Esa acción era una copia perfecta de los movimientos de Los Emes. Si yo hubiera actuado como un bugui, lo hubiera molido a puñetazos.

Cuando Verita cayó al suelo quise abalanzarme sobre él, pero el resto de los buguis me atraparon a tiempo y me sacaron a empujones de aquel sitio. Yo me fui insultándolos y amenazando con regresar a vengarme. En el fondo quedé triste, aunque intenté hacerme al tipo duro.

Desde entonces, nunca más volví a juntarme con ellos; nunca más volví a ser parte de Los Buguis. Pero no estaba tan mal. Ahora iba a la casa de Matute y veía cómo entrenaba a su perro Drako. Al poco tiempo entendí por qué

los perros vagabundos desaparecían de Ñaña. Matute y sus amigos los raptaban para ponerlos como sacos de prueba con sus perros entrenados a matar. Yo también quería un perro, pero no sabía cómo llegar a conseguirlo. Los Emes se burlaban de mí cuando les preguntaba si podían ayudarme a obtener uno. Eres muy chibolo, contestaban, cuando seas grande podrás tener el tuyo. ¿Por qué?, exclamaba odiando mi edad. Porque los perros son un arma, decía Matute, solo se puede tener uno cuando tengas ganas de matar. De ese modo tuve que esperar un tiempo para poder obtener mi primer cachorro. Mientras tanto, aprendí muchas cosas sobre el oscuro mundo de los perros de pelea. Dentro de aquel universo me profundicé en el consumo de las drogas y en la adicción por las apuestas. Hice amigos y contactos. Me dejé el pelo largo y mandé al demonio mis estudios. Como llevaba algo de dinero a casa, mi papá, que era prácticamente una masa alcohólica, me dejó en paz y no cuestionó ninguno de mis movimientos. Al principio todo esto no era importante, pero poco a poco fui abandonando mi antigua vida para empozarme de lleno en la nueva que había decidido arrastrar. Comencé a vivir, comencé a infringir. Me fui abriendo camino a ojos cerrados, palpando, haciendo caso a lo que me dejaba el destino. Aprendí y recorrió el terreno junto a los sujetos que siempre estuvieron metidos allí. Así, a los quince años, llevaba una navaja en el bolsillo, dinero para drogas y apuestas, un gigantesco tatuaje en el brazo y algo de respeto en el barrio.

VIII

Mi primer cachorro se llamó Magnus. Era un pitbull de sesenta kilos con una cabeza del tamaño de dos ladrillos juntos. Desde el primer día lo empecé a entrenar. Yo era por entonces un novato, un «patas», como se dice por esos muladares. Todavía no había ingresado oficialmente al mundo de los perros, pues para eso tenía que ganar una pelea. Y la única forma de entrar al ruedo —cosa bastante complicada— era recibiendo la aprobación o carta pase de uno de Los Emes metidos en el negocio. Pero de todos Los Emes que conocí, solo quedaban por el barrio el viejo Zesar, el Rata y Matute. El resto se había esfumado, muerto o dedicado a su familia. Con Los Buguis había pasado casi lo mismo. Ahora Elías estudiaba en la universidad para ser teólogo, Carlitos vivía en la selva con su hijo y su mujer, Miguel estaba en Estados Unidos, Verita había fallecido y Jon se había convertido en un asqueroso comerciante de quesos y especias. Vidas aburridas y lineales. Yo los despreciaba a todos. Mi ojeriza hacia la vida reposada y estudiosa era algo que rayaba en lo enfermizo. Yo odiaba, odiaba con mucha pasión, ya que lo bueno de ser adolescente era que te permitía odiar ciegamente sin mirar a tus costados. Ese orgullo o egoísmo impedía ver que estabas degollando a la gente que te quería o te rodeaba sin que uno se dé cuenta de ello. Y todo eso funcionaba muy bien, porque luego de haber tenido esa pasión descontrolada, se podía apreciar con ambigüedad y desconfianza las cosas del mundo cuando ya se era completamente adulto. Algo que, en letras generales, se llama madurar. Yo no sabía eso por aquel entonces, y si lo

ra sabido, tampoco me hubiera importado. Yo solo quería seguir escalando, ser el mejor criador de perros asesinos de toda la región. Quería dejar de ser un «patas» para convertirme en un maldito dinosaurio. Le dije a Matute, quien por entonces se había convertido en un respetable criador, que tenía ganas de jugar a mi perrito. Entrénalo y luego lo topamos para ver qué tal corre, contestó. De ese modo, me puse a trabajar de inmediato junto a Magnus. Como quería que mi debut sorprenda a todo el mundo, exageré y deformé un poco el usual entrenamiento que se hacía con los perros. Mi personalidad se había inclinado a la violencia y las acciones más groseras y cruentas me parecían muy corrientes. Llevé a Magnus al patio de mi casa y lo amarré a un bloque de cemento. Ahora le llamo a esto la Prueba de Supervivencia. Es simple. Se basa en atar al perro a la intemperie y dejarlo a pleno sol, sin comida, sin agua, sin una sola muestra de cariño. Todo esto por ocho o nueve días. Si sobrevive, si después de todo ese tormento aún tiene ganas de vivir, será una bestia capaz de todo. Asesinará para existir. Eso hice con el viejo Magnus. Era, es y será la única forma de comprobar la valía y el coraje de cualquier ser vivo. ¿Parece algo amoral? Mierda, no hablemos de moral. ¿Qué es la moral? Los seres que en verdad admiro hoy en día son lo más desgraciados del planeta. ¿Quién tiene más huevos que ellos? ¿El moralista? Al infierno la moral. Yo le pregunto a cualquiera si mandaría a colgar seis hombres para salvar la vida de otros cinco. O si colgaría a cinco para salvar la vida de otros seis. El moralista entregaría su vida. Yo los colgaría a todos. Como sea, dejé a Magnus ocho días atado a una cadena, hambriento, deshidratado, exhausto, hecho un lunático y, aun así, este gran animal tuvo los huevos suficientes para

lanzarse como un diablo sobre un enorme perro que rapté del vecindario. Cuando lo tuvo cogido, le destrozó el cuello en cuestión de segundos. Después, le devoró parte de las piernas y las tripas. Luego, una vez satisfecho de su hambre, se tiró patas arriba, me miró y se puso a ronronear como un gatito. Ese era pues mi perro, mi hijo, mi nueva arma.

IX

Todavía faltaba mucho tiempo para hacer pelear a Magnus. Yo seguía entrenándolo de diversas formas. Lo sacaba a correr y le hacía arrastrar cosas pesadas como sacos cargados de ladrillos o bloques de cemento. Para aumentar su descomunal fuerza maxilar, le obligaba a morder llantas que colgaba de un árbol. El perro se quedaba prendido de la rueda por media hora, mientras yo le daba palazos para hacerlo enojar. Cuando hacía esto, Magnus se retorcía con más rabia y apretaba la mandíbula con mayor presión. Finalmente, para brutalizarlo por completo, le daba pólvora, pimienta picante y una buena tanda de patadas. Con todo esto, comprendí de pronto que tendría en mi poder a un animal único e invencible que no conocía el miedo ni el dolor. Junté entonces mi dinero y, después de unas semanas, hablé con Matute.

—Si haces el ridículo en la primera pelea, habrás cagado mi prestigio —dijo—. No te puedo hacer entrar.

—Viejo —le contesté señalando a mi perro—, este animal es un demonio, una máquina asesina. Además, yo no soy ningún novato, he aprendido muchas cosas.

—Tatán —me interrumpió Matute—. Esta vaina no es

un juego. Si la cagas, te pueden dar vuelta sin pensarlo. Tú sabes que corre dinero como mierda... ¿Viste lo que pasó con el Trucha, no?

—Sí, pero esa es otra cosa... ¿Por qué no pruebas a mi perro?

Matute se hizo el desentendido. Sin embargo, insistió tanto que después de un rato sacó a un bull terrier que había ganado tres peleas. Era casi del mismo vuelo que Magnus y parecía estar en buenas condiciones. Nos fuimos hacia la piscina donde hacía topar a los perros. Bajamos hasta su interior y provocamos a los animales. Yo todavía era un novato, pero tenía un buen perro. Estaba muy confiado. Los soltamos. El primer impacto fue algo así como un remolino de patas, colas y dientes. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, Magnus destrozó parte de la cara de su adversario y le vació el ojo derecho. Matute saltó para separarlos.

—¡Tu perro está loco! —exclamó cargando a su animal. Lo llevó hasta un caño y se puso a quitarle la sangre del ojo. Yo acariciaba la cabeza de Magnus y lo felicitaba por aquel gran golpe. Al rato, Matute puso a su bull terrier sobre una mesita y comenzó a curarlo.

—¿Cuántoquieres por tu perro? —preguntó sin verme.

—No está en venta —le dije—. Quiero jugarlo.

Como si todo hubiera estado horriblemente preparado, Matute cogió un cuchillo y me amenazó.

—Mira, hijo de puta —dijo—. O me vendes al Perrito o me lo regalas.

—Te lo regalo —contesté sin dudarlo.

X

Al poco tiempo escuché que Matute se estaba haciendo rico y famoso con mi perro. Eran noticias que iban y venían por el barrio como resonancias de balas perdidas por el aire. Mientras tanto, yo, pobre imbécil, me iba hundiendo endiabladamente en las drogas y en los prostíbulos de Ñaña. Como era de esperarse, no duré mucho. El dinero se acabó y comencé a vegetar en medio de la inmundicia en la que se había convertido los pasillos de mi casa. Alguna vez, se me pasó por la cabeza la ridícula idea de que yo tenía la misma personalidad y huevos que esos perros de pelea, sin embargo, la timidez y el miedo me hicieron recordar que no era más que un pobre diablo de tan solo quince años. Me di cuenta, entonces, de que la suerte no era otra cosa más que un pedazo de mierda flotando en mi camino.

Un día —no había pasado mucho tiempo de haberme quedado sin dinero—, me puse a buscar una colilla de cigarrillo entre todo el amasijo de porquerías que se apilaba en las esquinas de mi cuarto. Tenía hambre y obsesivas ganas de fumarme un porrito. Mi viejo había desaparecido hacía varios meses y yo sobrevivía a base de pura leche en polvo. Pero esta vez no quedaba ni siquiera eso y estaba más hambriento que una hiena del Serengueti. No puedo seguir así, me dije de pronto, al carajo con esta vida de mierda. Decidido como nunca, busqué mi navaja y salí hacia la casa de Matute. Toqué su puerta a golpes, pero nadie me abrió. Con la velocidad de un rayo di la vuelta y, por el muro que daba al descampado, trepé para meterme a su interior. Los perros empezaron a ladrar con visos de abyección. Todos

estaban enjaulados y amarrados con cadenas. La bulla se hizo un remolino y empezó a crecer y a crecer por todo el vecindario. ¿Dónde está Magnus?, me pregunté. Lo comencé a buscar por todas partes hasta que lo encontré en una jaula ladrando como todos los demás. Sin embargo, su ladrido era diferente. ¡Me había reconocido aquel cabrón! Movía su pequeña cola con tal desesperación que parecía a punto de arrancarse de su sitio. También daba pequeñas vueltas y me miraba como diciendo: «¿Por qué te demoraste tanto, pendejo?». Corré a su jaula y empecé a quitar los seguros de la puerta. Eran tres cerrojos del tamaño de un martillo. Abrí el primero, abrí el segundo y, cuando jalé el tercero, sentí un puntapié en pleno rostro. Era Matute, quien había llegado sigiloso como un gato. Al verme en el suelo, confundido por el golpe inesperado, siguió pateándome hasta llevarme al borde de una tina con agua. Traté de buscar mi navaja, pero esta se había resbalado.

—Hijo de puta —gritó enseñándome el puñal. Lo había recogido durante mi desesperada y vehemente confusión por escapar de él. Un chorro de sangre bajaba por mi frente y se comenzó a introducir por las comisuras de mis ojos. Traté de limpiarme con rapidez, pero me quedé nublado, casi ciego.

—Conchatumadre —dijo al estar a dos pasos de mi cuerpo—. Ya te cagaste, huevón, ya te cagaste...

Yo estaba demasiado aturdido por los ladridos y el dolor de las patadas, que me hubiera dado lo mismo que me dejara libre o que me cociera a navajazos en ese instante. Ya no importaba nada, no tenía salvación, no había escape. Entonces, en medio de todo el caos que taladraba mi ca

beza, advertí algo que me estremeció. Allí, a dos pasos de él, vi borrosamente la figura de mi perro. Había logrado escaparse de su jaula y estaba al frente de nosotros, a espaldas de Matute. Al verme, sus ojos parecieron reconocer en mi rostro el signo de la desesperación. Olfateó en nuestra dirección, tratando de convencerse del peligro y, al instante, impulsado por una fuerza invisible, por una mano todopoderosa, comenzó a trotar descubriendo los colmillos. Yo no lo pensé dos veces y grité:

—¡Ataca! ¡Ataca! —cuando Matute dio la vuelta, Magnus ya se había lanzado sobre él. Nuevamente, los perros comenzaron a ladrar con tanta fuerza que ocultaron los horribles gritos de Matute. Esperé unos minutos y aparté a Magnus de aquella piltrafa humana que aún seguía respirando. Me acerqué lo más que pude hasta su rostro y le dije: «No debiste meterte con un bugui, conchatumadre. Nosotros nunca nos olvidamos de morder»... Entonces dejé que Magnus terminara su trabajo para luego empezar el mío.